

Nace ésta, y hé aquí que en ella resplandecen la lozana Miosotis, el dorado Eliotropo y el delicioso Jazmin. Y ¿dónde se embellece, igualmente, su lindo Clavel, símbolo del amor por los hombres, sinó en su union con la mística Pasionaria al pié de la cruz? ¿En que punto brilla su sorprendente Rosa, símbolo de su amor hácia Dios, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre las tristes cumbres del ensangrentado Calvario? ¿En qué lugar se completa la belleza de su imperial Corona, símbolo de su sobrehumana grandeza, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre la cima dolorosa del Gólgota? Allí, hermanos míos, allí se manifestó toda la grandeza y la gloria de María. Si Ella alcanzó el elevado honor de ser la Coredentora del mundo, ese honor lo alcanzó, precisamente, por lo acerbo de sus penas. Si fué proclamada Madre de todos los fieles, y, en consecuencia, la protectora de la Iglesia de Jesucristo, confiósela tan elevado cargo en el momento en que eran más atroces las congojas de su espíritu. Y la denominacion de Reina de los Mártires, mereciéronse sus agudísimos dolores; y la gloria, verdaderamente sublime, de que Ella fué coronada en el Cielo, fué, en gran parte, el efecto de su padecer nunca interrumpido. Los títulos de Torre de David, de robusto Cedro del Libano y de Ciprés de Sion, no son más que unos emblemas destinados á expresar la grandeza y la gloria de sus prolongados trabajos.

¡Ah! mis hermanos cristianos; y ¿cuándo nuestros corazones se prepararán para soportar con paciencia la cruz? ¿No es ésta necesaria? Carguemos, pues, con ella. ¿No es ésta útil? ¡Ah! búsquese, pues, con anhelo. ¿No es ésta gloriosa? Así, pues, no haya más demora. Las cruces, los padecimientos y las tribulaciones, tales sean, desde hoy en adelante, nuestros fieles compañeros. No olvidemos, segun os he manifestado ya anteriormente, que la vocacion al cristianismo es la vocacion á la cruz: no olvidemos, finalmente, que quiérase, ó no se quiera, nos conviene padecer, condenados, como estamos, á vivir en un valle de lágrimas. Por lo tanto, sometamos, voluntariamente, nuestros hombros al peso de la cruz. Ello no nos ha de pesar, yo os lo prometo, yo os lo juro. Bajo el peso de la tribulacion, nuestro corazon se revestirá de virtud, crecerá el fervor de nuestro espíritu, conseguiremos la santificacion de nuestras almas. Sólo en la tribulacion hallaremos el camino del Cielo; sólo por medio de la tribulacion nos serán abiertas las puertas de la eterna bienaventuranza.

¡Ah! siendo ello así ¡oh Virgen dolorosísima! os suplicamos, que en esta vida nos lleneis y satureis de tribulaciones y de trabajos. ¿No es para nosotros necesario, útil y glorioso el sufrir? ¡Ah! no nos perdoneis, pues ¡oh Madre nuestra amantísima! no nos priveis de

tan provechoso lucro; aumentad cada dia nuestros méritos con nuestros dolores. Solo os pedimos ¡oh María! la satisfaccion de vuestros deseos. Consoladnos, pues, sí, consoladnos. Sea la cruz nuestra compañera en la vida, sea la cruz nuestra compañera, igualmente, en la muerte. De esta suerte, despues de haber soportado, por Vos, y con Vos, el sufrir en esta vida; podremos, por Vos, y con Vos gozar, por toda la eternidad, del bienaventurado galardón en el Cielo.

## DIA VEINTE Y SEIS.

### LA ANÉMOMA,

Ó SEA:

#### LA MANERA DE LLEVAR LA CRUZ.

*Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.*  
No te olvides de los gemidos de tu madre.  
(EULE. VII, 29).

Cuando un grande aguacero, un viento muy impetuoso, ó un terrible huracan, vienen á desatarse sobre los verdes prados, ó los floridos jardines, al punto los dejan abatidos, despojados de toda belleza, privados de todo ornato y atractivo. Y ya aquellas flores deliciosísimas que embellecían el suelo, llenaban los aires de fragancia, y cautivaban todas las miradas y todos los corazones, vénse abatidas sobre sus tallos, arrancadas de sus troncos, con sus hojas enteramente marchitadas; de suerte, que todo os está indicandó la desolacion y el terror. Entónces, con paso trémulo y con tristeza, vais avanzando por la devastada llanura, vais recorriendo, con el ánimo afligido, el despojado jardin; y, á pesar de todo (¡oh, sí!), de repente, serénase vuestra mirada, sentís renacer la alegría en vuestro corazon con la velocidad del relámpago; y un hondo suspiro, un grito espontáneo, arrancados á vuestras almas por la sorpresa, os anuncian la pre-

sencia de un objeto agradable, ó acaso, de una flor admirable. Y puede ser dicho objeto, en realidad, una flor? Precisamente es así, hermanos míos. En medio del estruendo producido por las aguas, la impetuosidad de los vientos y la furia de los huracanes, dicha flor fuerte é impertérrita, no decae ni cede de ningún modo; ántes bien, sale de la lucha más majestuosa, aparece más encantadora, ostenta mayor lozanía. El cáliz que la distingue, á causa de su pobre aspecto, pudiérais considerarlo como el cáliz de la amargura; mas sobre ese cáliz mismo, veis brotar con pompa, con majestad y atractivo la admirable flor, que os ofrece el aspecto de una estrella; pero de una estrella, que cada año va adquiriendo mayor belleza y esplendor. Bien que su color sea blanco como la nieve, y amarillo como el oro purísimo, veislo, sin embargo, transformarse en rojo el más encendido, en violáceo el más modesto, ó, finalmente, con una mezcla ó conjunto de matices, que os expresan todas las bellezas de la naturaleza. Adorna á esa flor, que permanece siempre erguida sobre su tallo y firme sobre su tronco, un precioso penacho verde el más vivo, que, paulatinamente, se eleva de la parte superior de su centro. ¿La reconocéis, pues, oh cristianos? Es la admirable Anémona. Florece indistintamente en los bosques, en los jardines ó en los breñales. Ni la diversidad de los lugares, ni las variaciones del tiempo pueden maltratarla ni destruirla. Cuando, como os he dicho ántes, esa flor, bien sea por la abundancia de las lluvias, por la violencia de los vientos, ó por el rigor de la intemperie, ve faltar en torno de sí sus graciosas compañeras; ella entónces, inquebrantable y constante, aparece más bella, más ufana, y más vigorosa. Aleccionada por la naturaleza misma ¡oh, cuán admirables son las obras del Altísimo! si la lluvia la hiere, ella cierra sus hojas y se oculta; si el viento la azota, desplegando sus formas, resiste sus embates con igual fortaleza; si la intemperie prueba de arrancarla, ó de abatirla, ella, permitaseme la expresion, no pierde aquella esperanza que le ha sido comunicada ó infundida por su verde penacho ó cabellera. En suma, paciente y sufrida en las lluvias, fuerte en las tempestades, y confiada en las inclemencias, esa flor supera todo obstáculo, triunfa de todo contratiempo, sin temor alguno de que deje de regocijar á la tierra con sus encantos.

¡Cristianos! vosotros no ignorais, ciertamente, el fin á que se encaminan mis palabras; conocéis, claramente, el tema de mi discurso (1). Pues bien; reconozcamos en la fuerte Anémona á nuestra

(1) El argumento, ó asunto, del presente sermón ha sido indicado ya en el que antecede.

Madre santísima; en las aguas, en los vientos y en las inclemencias, la inmensidad de sus acerbos dolores. Aguacero fueron los dolores de María, y aguacero el más terrible, al cual la espiritual Anémona cerró sus hojas, opuso la más invencible prudencia; viento fueron ellos, igualmente, y viento el más embravecido, al cual la espiritual Anémona, desplegando sus formas, opuso la más animosa resistencia; y tempestad fueron ellos, por último, y tempestad la más desencadenada, en medio de la cual la espiritual Anémona depositó toda su confianza en su verde penacho. Examinémoslo, pues, ¡oh cristianos! y de ello deduzcamos, que tal debe ser nuestro padecer sobre la tierra. A. M.

La tribulacion, hermanos míos, bien lo comprendisteis en la noche de ayer; la tribulacion es necesaria. Vivimos en una tierra que no produce otra cosa que espinas y llanto. Cualquiera que sea la vía que se abra para nosotros, siempre es una verdad, que debemos padecer. Por lo tanto, si la cruz es nuestra inseparable compañera ¿á qué impacientarnos bajo su peso? La tribulacion, no lo niego, es un mal, y un mal gravísimo, que viene á oponerse á nuestro contento, á la alegría de nuestro corazón: mas ¿será acaso la impaciencia un remedio á tamaño mal?

¡Oh Madre nuestra! oh mística Anémona! á Vos más que á la fuerza de los argumentos, recurro yo esta noche, para manifestar la verdad de mis asertos.

Toda vez que ahora nuestros pasos se dirigen hácia el Calvario, hermanos míos, no os pese deteneros, en primer lugar, en la consideracion de un hecho, que os indiqué ya en la noche anterior, y del cual os he hablado repetidas veces en el decurso del presente mes: pues ¡harto llenas de saludables enseñanzas son las acciones de María! Herodes el cruel, al tener noticia del nacimiento del nuevo Rey de los judíos, y abrigando sérios temores de que quisiera arrebatársele la corona de su cabeza, ordena el degüello de los infantes de Belén. Ya el hierro homicida estaba haciendo muchas víctimas; ya el bárbaro verdugo, bañado su brazo de sangre inocente, llevaba á todas partes la desolacion y la muerte; cuando el ángel del Señor, apareciéndose durante el sueño á José, le ordena partir al instante con su Esposa y con su Hijo. Pronto á obedecer los designios del Cielo, José se levanta, y da conocimiento á su Esposa del celestial mandato. Mas ¡ay! que María, á tal aviso, siente su alma enteramente traspasada por lo acerbo de su dolor. Ella siente el golpe; mas, cual mística Anémona, que al estrépito de las aguas ciérrase paciente,

sufre y enmudece; y con aquella humildad que revelan su rostro y su inclinada frente, héla ahí que, obediente, se pone en camino, cual cándida é inocente paloma que huye de la presencia del rapaz milano, ó como un corderillo que se aleja presuroso de las garras del lobo rapaz. Empero, apénas ha caminado algunos pasos, los más tristes pensamientos, las ideas más funestas cruzan por su conturbada imaginacion. Ya le parece oír los gemidos y los sollozos de las desventuradas madres que lloran la muerte de sus hijos; ya ve las cuchillas descargadas con toda furia sobre aquellos inocentes cuerpos. Y ora cree ver la sangre corriendo á raudales; ora una funesta imágen, que no acierto á describir, le está diciéndo, que en medio de aquella sangre humea igualmente la de su amado Bien. Si volviendo en sí, ve á su Hijo, le abraza, le estrecha contra su seno, y le besa, bien pronto una fuerza invisible la detiene y la asombra. A la manera de una despavorida paloma, que vuelta á su nido, y al verlo manchado con la sangre de sus hijuelos, y hallando solo uno de éstos con vida, dase priesa á buscar una guarida más oculta, huyendo y alejándose, con raudo vuelo, de toda ave que encuentra en su camino; así María, dirigiéndose á su Hijo: ¿á dónde, le dice, á dónde debo conducirte, amado Bien mio? ¡Ah! á una tierra extraña, á unas regiones salvajes, en medio de unas gentes inhumanas y feroces. Y ¿bajo qué techo podré sustraerte á sus ultrajes, de qué modo me ha de ser posible conservar tu vida? Así dice Ella; mas los suspiros cortan su palabra al salir ésta de sus labios; y entónces, ante el hundido torrente de las desbordadas aguas, cual mística Anémona, cierra sus pétalos, sufre con paciencia y enmudece.

Empero, forzoso nos es, mis amados hermanos, ascender á la cumbre del Calvario, para contemplar á la mística Anémona presa de las aguas y de los vientos, con sus pétalos cerrados, sus hojas desplegadas, paciente en medio del fragor de las aguas, é intrépida y animosa ante la bravura de los vientos. Así, pues, es una verdad, hermanos míos, que en medio de la violencia de los dolores y la plenitud de los sufrimientos, el cristiano debe dar muestras de aquel valor que le prescriben la religion y la fé.

Horrendos alaridos resuenan por los caminos; execrandas blasfemias hieren los aires; sacrilegas imprecaciones se elevan hasta las estrellas; una trompeta fúnebre desgarrá el oído, anunciando el suplicio de un hombre condenado. Oyese por do quiera una gritería repugnante; unos, alegráanse del suplicio; otros, se contristan y duélense de él; estos blasfeman del condenado; aquellos compadécense y se lamentan del oprimido. María escucha tales cosas, y un presen-

timiento de su corazón le está indicando, que el condenado es su propio Hijo. Por eso, cual fuerte Anémona, que extiende sus hojas á la furia de los vientos, cual ciervo sediento, que corre afanoso en busca de cristalina fuente donde apagar su sed, María vuela hácia todas partes; cuando ¡oh vista cruel! ve los senderos bañados de sangre, y los muros cubiertos de sangre igualmente. ¡Oh Dios! ¿qué sangre es esa, pues? ¿qué son todas esas gotas? ¡Ah! esa es la sangre de mi Hijo! Sí, me parece conocerla, el corazón me lo predice, mi espíritu me lo está presagiando! ¿Habrá llegado, pues, para mí el día de la desolacion y de llanto? ¿Es posible, que yo deba contemplar á mi Hijo moribundo, que deba asistirle en su tránsito, que deba ofrecerle al Eterno? ¡Ah! Cielo, confórtame con tu gracia, sosténme con tu voluntad, dame fortaleza y vigor. Entónces Ella ruega; mas su valor está ya probado y manifiesto: cual fuerte Anémona, Ella vuela al encuentro de su Amado; y ¡ay! con qué expresion el Hijo contempla á la Madre, y la Madre contempla á su Hijo!

¡Madres cristianas! á vosotras invoco por testigos del dolor que soportó María en aquel encuentro tremendo. Cual inocente avecilla, que al salir por vez primera de su nido, quisiera tender su vuelo, mas, sintiéndose contenida por el temor, lo prueba, pero al instante se para; tal, á la primera contrariedad, María no sabe si debe mirar ó huir. Mas, reanimada al instante, fija su vista en su Amado; y ¡ay! ve aquella cabellera bañada de sangre, aquella cabeza taladrada por las espinas, aquellas manos atadas con las cuerdas, aquel cuerpo destrozado por los azotes, aquel color sonrosado, aquel purpúreo de los labios, cambiado en palidez de muerte. Ve su rostro macilento, su cuerpo debilitado caer bajo el peso del madero; le ve atropellado por la plebe, maltratado por los verdugos, y escarnecido por los ancianos. Le ve, y cual fuerte Anémona, no sabe apartar de él su mirada; sostiene animosa el impetu y la grandeza de su dolor.

Miéntas tanto, la turba llega á la fúnebre cumbre, y María no se halla muy distante de su Hijo. Cubrid ¡oh almas cristianas! cubrid vuestros semblantes de un justo rubor; ¡dad libre salida á los sollozos de vuestro corazón. Un cruel espectáculo, una funesta representacion, osténtase ante vuestras miradas. La cándida paloma, el cordero inocente, el candor sin mancha, el Dios santísimo de cielo y tierra, está allí, en aquel monte, despojado de sus vestiduras, expuesto á los escarnios de los escribas, á los ultrajes de los sacerdotes y á la irrisión de la plebe. Advértelo su Madre, y exhala del fondo de su corazón un angustioso suspiro, dirige al suelo su vista, invoca á los ángeles del Paraíso, para que cubran la desnudez de su

Hijo; y fuerte siempre, en medio del siempre creciente dolor, cual Anémona insensible á las tormentas, permanece firme en su puesto, sin que retroceda un solo paso. Y habiendo llegado ya á su colmo la iniquidad de Israel, en medio de las befas de un populacho ruin, de los escarnios y los ultrajes de los sacerdotes y de los escribas, es, finalmente, arbolado el estandarte de la redencion, del cual pende jadeante y dolorido el moribundo Jesús.

¡Ah! qué vista tan horrible no fué aquella para el corazón de la Madre! Ella mira entónces con vivo afán á su agonizante Bien; y ¡ay! apenas le reconoce! Su frente taladrada, su desgredada cabellera, sus ensangrentados lábios, sus carnes laceradas y su cuerpo llagado, ya no representan á la Madre la antigua efigie: y Ella, en medio de las angustias de un corazón que gime, va gritando: ¡Oh! cómo se ha oscurecido su esplendor, cómo se ha mudado el candor de su rostro! Y aquí, el dolor hace inclinar su frente; mas el amor no lo consiente; levanta de nuevo sus ojos; mas ¡ay! que esa nueva mirada es una nueva espada que traspasa su seno! ¡Ah! Madre adolorida; alejaos de esa cumbre fúnebre; huid léjos, toda vez que la vista de vuestro Hijo no puede ménos de acrecentar á cada instante vuestro martirio.

Empero, ¿qué he dicho, oh cristianos? ¡Ah! sin advertirlo, acabo de inferir una afrenta al valor de María! Ella, cual fuerte Anémona, permanece inmóvil al pié de la cruz, desafía las tempestades y las olas; hasta siente en su pecho el valor de sacrificar Ella misma, si necesario fuere, á su amado Jesús. Así, pues, bien pueden blasfemar contra su puro amor aquellos que le crucifican; bien pueden llenarle de imprecaciones y de insultos; no por eso María se aleja: *Stabat juxta crucem* (JOAN. XIX, 25). Bien puede bañarse de sangre su manto, desconocerla su Hijo por Madre, confiarla al cuidado de Juan; no sucederá jamás que María se separe de aquel sitio: *Stabat juxta crucem*. Clame su Hijo que tiene sed, désele á beber hiel y vinagre, gima por no saber donde reclinar su cabeza, láméntese por verse abandonado de su Padre; María permanecerá allí, tan inmóvil como el mismo madero: *Stabat juxta crucem*.

¿Qué más aún, oh cristianos? Oscurézcase de repente el cielo, tiemble la tierra, desgárrase el velo, quebrántense los sepuleros, vuelvan los muertos á la vida, llore la naturaleza entera; muera Jesús, muera en un mar de dolores: María, constante y animosa, inmóvil, contemplará á su Hijo, no sabrá separarse de Él. Ella sentirá su corazón despedazado, mas no por eso se alejará; estará adolorida, mas siempre inmóvil: *Stabat juxta crucem*.

Empero ¡ay! consuélate ¡oh excelsa Reina! que ese será el último de tus dolores. ¡Consuélate!... ¡Ah! qué consuelo podrá experimentar esa Madre, si aún siendo ya muerto, una lanza cruel ultraja á su Hijo! si una fría piedra le roba sus inanimados despojos, la priva de la vista de su amado Bien! En aquel acto verificose, plenamente, que su quebranto igualaba en magnitud, al océano: *Magna est velut mare contritio tua* (THREN. II, 13). Entónces, sí, que Ella iba errante y afanosa por todas partes para encontrar á su Bien; y le parecía verle doquiera; y creía oír su voz; y se imaginaba verle delante de sí; mas, al advertir su engaño, no hallaba más que desolación y pesar. Y aquí veía la sangre humeante todavía, allá, la cruz y los clavos, acullá la lanza cruel, más léjos la corona de espinas. Luego, apartaba la vista de tales objetos, y tropezaba con el Calvario; huía del Calvario, y se encontraba con el Pretorio; quería alejarse del Pretorio, y aparecía ante sus ojos el huerto de Getsemani. Por eso, al volver á su morada, parecíale oír á su Hijo en todas las conversaciones, mas no le hallaba en ninguna; veíale en todos los objetos, mas no le hallaba en ninguno. Corriendo siempre en busca de Él, hallábase siempre privada de Él, siempre desolada y afligida.

¿María desolada, oh cristianos? Desolada, sí, pero confiada. En lo más vivo de los dolores que la oprimen, si Ella se nos aparece cual Anémona, que cerrada, sufre paciente; si se nos manifiesta cual Anémona, que, desplegada, resiste; cual Anémona muéstrasenos Ella también, que por ser verde, confía. No temais, tal es el mandato que nos dirige el Señor: *nolite timere*. Cuando los sufrimientos os rodeen, resistid con confianza: *confidenter state* (II. PAR. XX, 17). Cuando os pareciere hallaros oprimidos bajo el peso de la tribulación, *auxilium Domini videbitis super vos* (IBID.). Esperad, esperad en Dios; hé ahí cuanto la fuerte Anémona del penacho verde os ordena al pié de la Cruz.

¿Habeis visto alguna vez, hermanos míos, un frondoso bosque, azotado por un furioso aquilon, convertido en blanco de impetuosa tormenta, oprimido por las aguas, herido de los rayos, destrozado por las centellas, despojado de sus hojas, desgajado su ramaje, y tronchados los troncos de sus árboles? Tal debeis, pues, considerar el corazón de María sobre la cumbre del Calvario; mas, cual Anémona de verde penacho, ella no se marchita, ni perece. ¿Habeis visto entre las olas del revuelto mar, una nave con sus mástiles rotos, con sus velas desgarradas, con su popa maltratada, con su proa destruida, agujereados sus costados y con su fondo abierto? Tal debeis imaginaros, igualmente, el corazón de María al pié de la

Cruz; mas Ella, en medio de la récia tempestad, cual flor del verde penacho, no pierde, ni un momento, la tranquilidad de su corazon. ¿Habeis visto una noche tenebrosa y oscura, sin astro alguno que recree la vista, cubierta por todas partes de los más densos y negros velos, privada enteramente de todo rayo de apacible luz, iluminada solamente por el frecuente centelleo de los relámpagos, estremecida por el terrible retumbar del trueno, aterrorizada por el vibrar de las centellas y el culebrear del rayo? Tal se os aparece, por último, el corazon de María en la muerte de su Hijo; mas vedla, al mismo tiempo, cual magestuosa Anémona de verde penacho, esperando la calma, la luz y el refrigerio.

Apénas principia la fúnebre tragedia, los Apóstoles huyen: los débiles solo saben temblar y temer; mas María sube con su Hijo al Calvario; allí le adora y le reconoce por comun Reparador; le venera cual Dios inmutable, glorioso y eterno.

Y ved, pues, ¡oh cristianos, hasta que punto llega su confianza! Todavía Jesús no ha espirado, y ya María, cual verde Anémona, le espera resucitado; aún está lleno de dolores y de oprobios, y ya Ella, cual verde Anémona, le contempla glorioso; aún es vilipendiado y abandonado de todos, y ya nuestra verde Anémona le reconoce cual Cabeza invisible de una Iglesia universal y eterna.

Y esa confianza no disminuye siquiera con la muerte y la sepultura del Hijo. ¡Ah! muy al contrario. Con tal muerte Ella adquiere nueva fuerza; con tal sepultura cobra nuevo vigor. Cada hora que pasa, Ella siente acrecentarse la certeza del ya próximo triunfo: así que, una vez resucitado su Hijo, no recibe María ántes la noticia de su triunfo, que le considera ya resucitado en su propio corazon.

¡Oh, Madre, verdaderamente afortunada en tus mismos dolores! Tú sufriste, es verdad; mas la paciéncia con la cual soportaste los trabajos, el valor con que arrostraste las penas, y la confianza que siempre mostraste en tus dolores, sublimáronte y te hicieron la verdadera Anémona espiritual, paciente en las lluvias, fuerte en los vientos, confiada en las tempestades: y tantos dolores soportados de tal suerte, hiciéronte Reina de los mártires y Reina en tu trono la más sublime y excelsa.

¡Ah! no perdamos, pues, nunca de vista, mis amados hermanos, tan sublime modelo. La cruz, lo repito una vez más esta noche; la cruz es para nosotros necesaria, es inseparable de nosotros: soportémosla, pues, con paciéncia, con fortaleza y con confianza. La paciéncia la hará dulce y suave, lijera y amable, acepta y grata. Bajo el peso de la tribulacion sobrellevada con resignacion, vivire-

mos colmados, satisfechos, contentos y alegres, como Job en su muladar. Y cuando por la envidia de nuestros émulos, el odio de nuestros enemigos, y aún por el amor que nos profesa nuestro Padre celestial, se multiplicaren nuestras cruces, se acrecentaren nuestras penas, y redoblaren nuestros padecimientos; entónces recordemos que somos hijos de aquellos, que, en presencia de los tiranos, pedían bestias más feroces, hogueras más ardientes, tormentos más crueles; y así, tambien nosotros, haremos prueba de aquel valor cristiano que la religion requiere, y que María nos mostró con su ejemplo. De esta suerte, cuanto más frecuente é intenso sea el dolor, tanto más firme renacerá en nuestro corazon la esperanza; por medio de la cual, nuestro padecer se hará, no solamente más suave, sinó que aún, convirtiéndose en el objeto de nuestros deseos y de nuestro amor, nos permitirá saborear, acá en la tierra, las anticipadas delicias del Cielo. ¡Ah! en vista de ello, si hasta ahora hemos errado, acrecentando nuestras penas con nuestra impaciéncia, nuestra debilidad y nuestra desconfianza; aprendamos esta noche á mitigarlas, por medio de una cristiana paciéncia, de un religioso valor, y de una celestial confianza.

Y Vos, ¡oh adolorida Reina de los mártires! Vos, que por nuestra causa sufristeis tan acerbos dolores al pié de la Cruz! compadeceos de nuestra miseria y de nuestra flaqueza. Habiendo sido concebidos por Vos en la plenitud de vuestros dolores, hemos olvidado aquel valor y aquella confianza, por los cuales, únicamente, llegasteis á ser Reina de los Mártires, Madre de los dolores, Mujer, verdaderamente, de las crudísimas angustias; y por lo mismo, impacientes, débiles y desconfiados, nos vemos obligados á exclamar, que el padecer es duro, la cruz insoportable, y la tribulacion inútil é ineficaz. ¡Oh! insensatos de nosotros, que no sabemos conocer, que el sufrir fuera cosa suave, la cruz lijera y la tribulacion fructuosísima, sólo con que lo soportáramos todo con resignacion, con valor y con cristiana confianza. ¡Oh, Madre! acordaos de nosotros, socorrednos! y toda vez que la cruz es inseparable de nosotros, haced que la llevemos siguiendo vuestros ejemplos, del mismo modo que Vos la llevasteis, á fin de que podamos con Vos misma, alcanzar, igualmente, el premio de nuestros padecimientos.